



El deporte de la vida

Adán Cabral Sanguino

Adán Cabral Sanguino

El deporte de la vida

Colección Piedra Lunar

Para mi hija Noemí

Mens sana in corpore sano.

JUVENAL

PRÓLOGO

A veces, cuando me enfrento a un conjunto de cuentos como, en este caso particular, *El deporte de la vida* de Adán Cabral Sanguino, me pregunto si tiene sentido molestarse en escribir una historia, en contarla, en darle una estructura, en hacerla verosímil, si se está describiendo mediante infinidad de deportes, 18 para ser exactos, la vida, y el autor me responde que sí, pues nos ofrece algo más que sabiduría y claves para entender la vida (si es que hay forma alguna de entenderla), una visión de la realidad diferente a la nuestra, una puerta a algo que está más allá de nosotros mismos. Cuando leo lo que otro ha creado, parto de un acuerdo tácito: sé que lo que me cuenta puede no haber sucedido realmente (en realidad, sé que no ha sucedido, salvo en la mente del autor y en las líneas escritas), y yo me lo creo (no siempre, porque no siempre los autores de las historias son lo suficientemente hábiles como para convencerme de que lo que ellos cuentan es creíble). Y reitero en este apartado, Cabral Sanguino logra con sinceridad, honestidad, maestría y conocimiento todo lo que pretende en cada uno de los cuentos que componen este cuerpo literario. Hace uso de trucos, nos toma de la mano sin intentar en momento alguno darnos gato por liebre con la mejor de las intenciones, con el mayor de los esfuerzos, procurando utilizar todo lo que ha aprendido durante un buen número de años de lectura y escritura. Se nota el disfrute del quehacer. Diría que de forma visceral e instintivo. Un instinto primario. Así de sencillo. Una vez que terminé de leer un cuento pasé al otro con la avidez que nos provoca el buen hacedor. Leer esta narrativa es como si algo lo traspasara a uno, como si después de leer alguno de estos cuentos, ese algo dentro de mí, lo reconozco, hubiese cambiado. Son textos inundados de situaciones terriblemente terrenales y humanos, o debo decir que, al mismo tiempo, pueden ser experiencias sublimes. Adán denota una técnica que supongo ha aprendido escribiendo, y leyendo a otros.

En más de una ocasión he leído declaraciones de escritores que dicen que los cuentos flotan en el aire y que ellos, los escritores, son como una antena que los recogen y les dan forma, los materializan. Quizás algo semejante me ocurre con los cuentos de Adán, cuando soy yo el que ha leído. Tal vez las historias ya están ahí y él las transcribió, les dio forma. Una forma muy meditada, con una estética muy definida. En sus cuentos, el narrador omnisciente pareciera no existir, como si lo hubiese prohibido o le tuviera alergia. Cabral Sanguino, en este libro, cuando no es el protagonista, es un narrador-mirilla, un narrador-cámara. Cuasi omnisciente. Narra lo que los personajes hacen y dicen, nunca lo que piensan o sienten, porque el narrador no está dentro de ellos, está fuera. Y si el narrador es a la vez el protagonista del cuento, sabe lo que él siente y piensa, pero

no lo que los otros personajes sienten o piensan. Cuando escribe utiliza artificios nada superfluos, ni un lenguaje recargado. Por eso me atrae el juego de mencionarlo como uno más de los otros escritores. El estilo y la clase de cuentos que nos otorga el autor, tal vez sean historias reales con protagonistas que buscan algo que les falta, con problemas como los de cualquier hombre o mujer, sin embargo, y no me cabe la menor duda, el cuidado hacia su trabajo es la historia, la narración con personajes de carne y hueso con un lenguaje directo, limpio, sin obstáculos. Lo primordial es narrar una buena historia y no hacer ejercicios de estilo. Porque nos da la sensación de que hace al cuento más vívido (como si alguien se lo contara a otro por teléfono o sentados en un bar o en el metro). Pero puede que esté equivocado. Por eso mismo también me interné, sin quererlo, como escritor. Por las mismas razones, tal vez.

Finalizo diciendo que me congratulo de estar aquí con ustedes, al lado de un profesional, en el sentido de que se gana la vida con un trabajo asalariado, que no tiene nada que ver ni con el protagonismo intelectual y sí con el hecho de que, por las noches, cuando sus hijas duermen; después de recoger la cocina, poner el lavavajillas, tender la ropa y preparar la comida del día siguiente, para Adán Cabral Sanguino escribir es un acto cotidiano que celebrar y, a la vez, un oficio que trata de hacer lo mejor posible.

Mario Islasáinz, Orizaba, Ver., 15 de abril de 2008.

Milonga futbolera

Aquí estoy, arrumbada por el boludo de mi dueño. Sos ingenuo si pensás que llevo una jornada placentera; al contrario, una vida de la patada. Pero me encanta, para eso me fabricaron.

En el barrio (y no precisamente el de Núñez), los sábados a la tarde se juntan los pibes para jugar fútbol. Los partidos se ponen macanudos con el primer gol; como en la Bombonera, con el júbilo de la número doce —una barbaridad de gente— cuando anota Boca, los muchachos animan la “cascarita”. Los adversarios reaccionan, el delantero escracha al guardameta de un pelotazo. ¡Gooool! El marcador se iguala. Las minas, siempre guapas, saborean sus chuengas. Hay, también, quienes apuestan desde diez mangos hasta media gamba.

Me juegan, me pasean. Allá voy, como en una milonga, bien franeleada por muchos tarros que, tal parece, me preparan para el bulín. Me encanta y me excita acariciar las piernas cálidas y sudorosas de los jugadores.

A veces, los partidos terminan bruscamente porque algún pelotudo me estampa sobre alguna ventana; otras, porque los pibes rajan al armarse el quilombo y tienen a la yuta pisándoles los botines. Se dispersan, presurosos, por las calles y me esconden, pues soy incómodo cuerpo del delito.

Y aquí estoy, esperando otra animada jornada. Sólo te manguéo que, si alguna vez rompo algún cristal de vuestra casa, no os calentés, que vos también fuiste joven y sabés que el juego está de diez.

Natación

Amanece en un pueblo cercano a las costas del Golfo de México. El calor inclemente aumentará conforme recorra el sol la comarca.

Doña Gertrudis, una regordeta señora de tez morena, sonriente, prepara la merienda para su familia. Esteban, su esposo, recorre las milpas, verificando que ninguna desgraciada peste se acerque a la plantación. Es un verano prometedor, pues, en cuanto se aproximen las lluvias, la cosecha será espléndida. Elotes y cangrejos —estos últimos salen a las playas con los primeros rayos— abundarán en los mercados de la región.

Se reúnen en la humilde choza de palma. Doña Gertrudis preparó unos exquisitos tamales de elote y frijoles con granos de maíz y epazote. Mientras degustan un despabilador café de olla, comentan las noticias radiofónicas de siempre: alza en el precio de los productos del campo, aumento de impuestos, etcétera.

Hugo, el más pequeño de los vástagos, se alista para asistir a la escuela. Por la tarde, acompañado de su tía invidente, irá a pedir limosna al pueblo próximo. Esteban no está de acuerdo en ello, pero dados los apuros económicos, accede.

Después del desayuno, la choza queda solitaria. Doña Gertrudis levanta los trastes sucios y se prepara a realizar su diario oficio: lavar ropa ajena por veinte pesos la docena. Previamente, en la noche, dejó remojadas las prendas más sucias. Tira el agua, enjuaga y deja, de nuevo, los pantalones en detergente.

La ropa suave, específicamente camisas, camisetas, calzones y brasieres requieren menor esfuerzo e, incluso, absorben más rápido el acondicionador de telas. Sin embargo, doña Gertrudis sabe —de manera empírica— que el PH del varón es más penetrante, por lo que restrega más tiempo los cuellos, puños y axilas de las camisas. Cuando lava los bikinis y advierte alguna ligera mancha de semen o sangre, sonríe en señal de complicidad; los sostenes de mujeres embarazadas necesitan, a veces, un poco de cloralex para diluir esas amarillentas manchas, sobre todo de los calostros.

Los calcetines de los caballeros no son complicados de asear, pero, generalmente, todos usan zapatos de piel sintética porque los de piel son caros. El sudor se impregna en

el referido calzado y el olor permanece. Por ello, resulta necesario enjuagar y restregar, por lo menos, dos veces.

El verdadero reto para doña Gertrudis comienza con el lavado de pantalones y ropa deportiva. Con el calor más recalcitrante, a eso de las once de la mañana, nuestra protagonista practica la natación. Alista una manta sobre el lavadero y, armada con detergente, cloralex, cepillo y cubetas de agua (generalmente, a esa hora, escasea el vital líquido), se dispone a enfrentar el olímpico reto. Sumerge sus brazos en el agua enjabonada, respira profundamente y a nadar —perdón— a lavar se ha dicho. Talla y talla los difíciles pantalones de mezclilla: las bolsas grasientas, las valencianas percutidas, los tiros; luego, la ropa deportiva enlodada, con manchas de sudor reseco; las calcetas negras, pero cuyo color original es blanco.

Sumerge sus brazos, de manera sincronizada. El movimiento genera espuma gris que, luego, desecha. Carga las cubetas, prepara nueva jabonadura y vuelve a iniciar el procedimiento. No lo sabe, pero, en ese momento, sus únicos amigos en la competencia son el sulfato de sodio, el tensoactivo aniónico, el tripolifosfato de sodio y los abrillantadores ópticos del detergente. Suda, jadea, retoma fuerza. El calor es ahora insoportable, sin embargo, debe llegar a la meta. Lo sabe perfectamente. Son veinte pesos por cada docena. Por un momento, piensa en el sueño guajiro de comprar una lavadora (las tentaciones en el desierto). Respira y sigue nadando.

Al filo de la hora del almuerzo, como a las tres de la tarde, doña Gertrudis exprime las últimas prendas. Observa, con satisfacción, el tendedero lleno. La ropa estará seca alrededor del crepúsculo. Cansada, prepara unas mojarras al mojo de ajo, acompañadas con salsa de chilpaya, para reponer la energía. Un botón basta de muestra y, los demás, a la camisa.

Carreras de velocidad

La vida se entiende de atrás para adelante.

HEIDEGGER

Llegó el momento de la verdad. Claudia y Lorena en posición de arranque, esperan la señal para iniciar la prueba final de 400 metros planos. La pista de tartán luce impecable.

Ambas competidoras transpiran la tensión contenida el día anterior. Concentradas, visualizan el carril que las llevará a la meta. Desconocen que ésta es el camino; el carril, la meta.

Claudia proviene de una familia clase mediera. Fue educada en una esfera de cristal: sus deseos eran órdenes. Comodidades, placer, vanidad. Afortunadamente, nunca exteriorizó una actitud cursi hacia los demás.

Lorena, agresiva y visceral, conoce perfectamente la miseria de los arrabales; el sólido temperamento y la inflexible voluntad que fundamentan su autoestima, lo corroboran.

El sol inclemente del mediodía excita la sangre de las competidoras y del público.

Suena el balazo. Alto. Una salida en falso.

La tensión aumenta en el estadio. Los jueces verifican sus cronómetros; la pantalla electrónica indica la proximidad de la carrera.

Así, en cuclillas, las contrincantes lucen hermosas. Sus piernas musculosas y bañadas en sudor inquietan a los espectadores masculinos (el deporte también resulta erótico).

Nuevamente, la señal.

Las mujeres corren intensamente, con la consabida sed de triunfo. Son bellas gacelas, hermanas del viento, que estiran sus piernas a una velocidad inaudita. Los segundos transcurren ágiles, casi simultáneamente con sus zancadas.

Lorena cruza la línea final entre ovaciones y júbilo. Siente una indescriptible paz interior.

Claudia, después del fracaso, se retirará del medio deportivo. Posteriormente, se embarazará fortuitamente, abortará y retornará a la esfera de cristal. Esta vez, para romperla en mil pedazos.

Aeróbicos

Todas las mañanas, en un apartamento del edificio Bugambilias, Marcela, una señora regordeta de piel clara y sensual, inicia su ridícula sesión de ejercicios, acompañada de música moderna cuyo ritmo, a duras penas, logra seguir.

Suda, transpira, se sofoca, se cansa y nada. El exceso de grasa permanece en ese cuerpo que rechaza y maldice.

Como millones de mujeres, también es adicta a los productos del negocio de la vanidad —presentados por televisión— que ofrecen mejoramiento corporal sin esfuerzo alguno.

Después de sobrevivir a una anorexia que la mandó al hospital, decidió intentar rebajar sus kilos sobrantes mediante el baile. Aunque esta actividad, en efecto, logra disminuir hasta tres kilos en un mes, no puede concederle a Marcela tan anhelado deseo. Y menos aún con la desordenada dieta que sigue, pero qué importa vivir de ilusiones.

Todavía el verano pasado, Marcela tuvo algunos amantes ocasionales. De hecho, bien vestida y maquillada, luce simpática y, bueno, el gusto masculino es diverso. Lo complicado era el momento de la intimidad. Postrada encima del amante, lo sofocaba; abierta de piernas y debajo del varón, resultaba lastimada accidentalmente; dentro de la tina de baño o en la alberca... mejor me reservo tan lamentable descripción.

Y así, vestida con ridículos leotardos, brincando al ritmo de uno, dos, tres, uno, dos, tres, en sesiones de cuarenta y cinco minutos, y lidiando contra la baja autoestima, siguió comiendo como reina y sometándose a la esclavitud del absurdo ejercicio, hasta que, un día, durante una rutina de alto impacto, se fracturó un tobillo.

Obviamente, dejó de practicar aeróbicos; los zapatos deportivos con válvula de aire terminaron en el cesto de basura.

Historias urbanas, usted sabe.

Boxeo

Round 1

Amar a alguien es un combate boxístico que dura varios asaltos. Todo amor aparece de manera sutil en el cuadrilátero. Etapa de conocimiento y reconocimiento.

Round 2

Generalmente, creemos que no hay tiempo para el contratiempo del amor. Algunos prefieren sólo entrenar con las sparring-partners de burlesques.

Ella lo aclaró desde el inicio de la pelea: “no digas que me amas hasta que me hayas enfrentado”.

El referee ordenó separación.

Round 3

Luego vinieron las primeras intrigas, los jabs, los engaños, algún gancho al hígado, el retorno, la reconciliación. Y qué decir de la plenitud sexual compartida, la entrega, la pasión.

Amé su sencillez, su temperamental soberbia y su alegría desbordada.

Round 4

Las amigas de mi contrincante le sugerían tirar la toalla. Nuestras distintas categorías hicieron interesante la cartelera: ella, de peso ligero, guapa, sensual como *Judith I* del pintor Gustav Klimt y con amplia experiencia en el arte de amar; yo, de peso welter, poco interesante para el sexo femenino y con mediana experiencia en el arte de amar, tenía cierta desventaja, pero, también, acepté la pelea.

Round 5

Confieso que tenía grandes planes para mi rival. Pero, precisamente entonces, ella comenzó a pedirme cosas disparatadas. Vinieron más infidelidades compartidas, más intrigas, etcétera.

El *upercut* de la ruptura del romance me dejó en *knock down*.

Round 6

Cuando reaccioné (sólo tenía lastimada la ceja izquierda y un hilo de sangre recorría por la nariz), ella ya se había casado con un tipo insignificante. No obstante, el cuerpo a cuerpo se intensificó. Cambié la técnica de combate; atacué a mi contendiente con una salvaje combinación de golpes directos de izquierda a derecha, *jabs* sobre su conciencia, *upercuts* contra su estúpido despecho, ganchos de derecha a la pasión contenida y la eficaz guardia inglesa como respuesta al contraataque. Finalmente, un swing de atracción física la mandó a la lona temporalmente.

Round 8

Frecuentábamos, de vez en cuando, algún modesto hotel de la ciudad. En ese pequeño espacio surgía la ilusión del amor perdido que renacía como en el tercer round. Sin embargo, a estas alturas, ya estábamos cansados; el desgaste físico y emocional había mermado nuestras fuerzas.

Round 10

Ahora, ella se ha divorciado. La noto más agresiva. Estoy replegado contra las cuerdas; siento contundentes sus puñetazos directos que se impactan contra mi barbilla y mis vísceras. Sus guantes pesan 227 gramos de coraje y determinación por ganar la pelea. La abrazo para inmovilizarla.

El árbitro ordena parar.

Round 11

Sigue atacándome con furia. Siento mi cuerpo magullado por tantos golpes; tengo el rostro sangrante y acabo de perder el protector bucal debido a un tremendo impacto que me mandó al tablado cubierto de fieltro. El referee comienza a contar: 1, 2, 3, 4, 5, 6...

Todavía, me levanto.

Round 12

Aquella tarde de verano, me citó en un parque. Sin aspavientos ni melodramas, terminó con un magistral *uppercut*, d-e-f-i-n-i-t-i-v-a-m-e-n-t-e la relación. Encontró una persona dispuesta a cumplirle sus deseos y, claro, yo no figuraba en el plan. Fin de la pelea.

El referee dictaminó su triunfo por *knock out*.

Maratón

Lo importante no es ganar, sino participar.

BARÓN DE COUBERTIN

El maratón de la vida que te lleva por caminos insospechados. Corres, sientes el sudor recorrer tu cuerpo que se refresca con el aire. Con la velocidad de tus piernas experimentas una agradable sensación de ligereza. Eres hermano del viento. Admiras la línea del horizonte. El valle te obsequia un panorama de lujuria natural: montañas que dibujan siluetas de mujeres sugestivas, el cielo haciendo el amor con la cordillera.

Continúas corriendo. El camino es la meta; la competencia, el pretexto. Corriendo corres una correteada carrera de situaciones inimaginables. Te sofocas, respiras y prosigues la ruta. Algunos —exhaustos— se han quedado; otros, van a la par contigo y, algunos más, te llevan la delantera.

Correr correr correr. En este mundo de prisas y ajetreos, el lento se queda. Por eso, fuiste entrenado, desde la infancia, para correr. ¿Recuerdas?

El tiempo se queda, nosotros nos vamos. Crees que el tiempo está en tu reloj, pero, en realidad, está en otra parte.

Veinte kilómetros. A los cuarenta comienza la vida.

Músculos, sangre, corazón. Estás vivo. Eso es maravilloso, mas no lo adviertes porque sólo piensas en la meta a la cual, quizás, no llegues. Sí, ya sabemos que, en tal caso, dirás que moriste en el intento.

Alguien te facilita un poco de agua. Bebes un trago y prosigues. La voluntad deportiva te sugiere: *yo puedo, yo debo, yo quiero llegar*. Eso es saludable si tu espíritu no fue enturbiado con libros baratos de autoestima.

Kilómetro cuarenta y cinco. Observas un letrero con un mensaje en indonesio: *Yang terakhir minpi kepunyaann benda orang laki adalah satu lemah jarak di antara itu malam*

dan itu kehidupan. Ciertamente, el último sueño del hombre es una débil distancia entre la noche y la vida.

La sensación de desfallecimiento se disipa. Continúas la marcha con la ropa empapada de sudor.

Llegas a la anhelada meta. Aplausos, felicitaciones. Ahora, tienes sesenta años. ¿Seguirás corriendo?

Grand Prix

Alberto recorre apresuradamente las interminables calles de la ciudad en un desgastado taxi con matrícula MHG 3641. El automóvil, de una consabida marca japonesa, ha tenido inmemorables reparaciones mecánicas y de laminación que la pintura y el rugir del motor disimulan generosamente.

Alberto es un hombre adulto, moreno y jovial. Se dedica al autotransporte desde hace una década. Sabe pilotar a la perfección, no sólo manipula el vehículo para adelante y para atrás, como miles de conductores urbanos. De hecho, asistió a un curso de manejo en Estados Unidos de Norteamérica, donde las normas de tránsito vial son más estrictas.

Leticia es la hija de Alberto. Ella tiene diecinueve años. Delgada, simpática. Ayer, por la tarde, sufrió un colapso. Presión arterial alta. Inmediatamente fue internada en el Hospital Civil. Ahora, su padre tiene que sufragar los gastos médicos con su miserable salario.

La vida de los ruleteros es demasiado conocida: trabajan en turnos que van alternando semanalmente; deben pagar la cuenta establecida por los vampirescos dueños de las placas del taxi; asimismo, tienen la obligación de entregar el automóvil lavado y con el tanque lleno. El resto es ganancia. Por eso, la rutina de los taxistas parece el recorrido de un Grand Prix, en el cual la meta se traduce en el sueldo del día.

Previamente acordado con sus compañeros y con el dueño de la unidad, o sea, el *racingteam*, Alberto está trabajando desde las 3:00 A.M. Su propósito es laborar sin descanso los tres turnos, que suman 24 horas, a fin de remunerar los dispendios de su hija hospitalizada.

Piensa en Leticia y la fatiga se desvanece. Levanta pasajeros, los deja en los diversos domicilios indicados y continúa su recorrido Fórmula Uno.

De repente, lo detiene un agente de Tránsito en una esquina.

—Su tarjeta de circulación, por favor.

—Aquí está. ¿Cuál es la infracción?

—Cruzar con exceso de velocidad.

—Mire, de acuerdo con el reglamento, en una esquina, si llegan dos automóviles al mismo tiempo, el de la derecha tiene la preferencia ¿no?

El agente guardó silencio por ignorancia. Alberto le explicó la difícil circunstancia que enfrentaba. El oficial, reticente, lo dejó continuar su recorrido. Rompió la hoja de infracción.

Levanta a otro peatón. Alberto desconoce la ubicación exacta de la calle. Ya en la zona destinada, se detiene para preguntar:

—Disculpe, ¿la calle 6?

—¿La calle 6? (con cara de idiota) Creo que es por...

—Gracias.

Acelera y vuelve a indagar, pero, en esta ocasión, inmediatamente le contestan: “atrás de la estación del ferrocarril”.

Prosigue la ruta. Al mediodía, detiene la furgoneta. Pide un refresco de cola, se moja el rostro y retorna al trabajo.

Es martes y mitad de quincena. Por la tarde, Alberto recurre a las trácalas del oficio (la situación lo amerita): cobra de más a quien se deja; visita a los viejos clientes (políticos, gente chic, etcétera) para sacar algún *ligue*, *carnita* o *business*, lo que sea. El caso es no recorrer las calles a lo pendejo.

Por la noche, un café express cargado. Vámonos para la zona roja. Algunos gays le piden transportar carne fresca para el asador. Vaivén de jóvenes malandros.

Viajecitos, corridas normales. Damas lesbianas de la high society que piden discretos relevos de chicas (del taxi a lujosos automóviles) a la clásica salida de la ciudad, etcétera.

La noche es joven y Alberto apenas se da abasto con el trabajo, mientras muchos ingenuos taxistas esperan pasaje, soñolientos, a la salida de la terminal de autobuses.

Al terminar la jornada, Alberto visita a un amigo *ordeñador* de la gasolinería. Asunto arreglado. Entrega el taxi recién lavado a las 3:00 A.M., con tanque lleno, y la cuenta completa de los tres turnos al avaro dueño. Sabe que podrá pagar hasta el último centavo de los gastos médicos de Leticia.

Alberto ha ganado el Grand Prix de la jornada. Mañana será otro día.

Basquetbol

Allá van, con una extraordinaria fuerza de voluntad, persiguiendo un balón de piel, en afanosa búsqueda de una anotación. Está por finalizar el primer tiempo; los *Guerreros* llevan ventaja de 25 a 17 sobre los *Renegados*.

Los jugadores se desplazan rápidamente sobre sus plegadizas sillas de ruedas; sus fuertes brazos les permiten, incluso, deslizarse encima de dos ruedas. Sudorosos, siguen las expeditas estrategias diseñadas por los entrenadores. Los *Guerreros*, de uniforme rojo, deciden jugar en defensiva; los *Renegados*, de azul, intentan burlar a los *postes*.

El árbitro pita el final del medio tiempo.

Mientras los deportistas beben agua, los auxiliares revisan los frenos, piñeras y llantas de las Everest Jennings, Oxfords, Quickie o Kushall, aunque los basquetbolistas prefieren las Müller de diseño aerodinámico, que permite el desplazamiento rápido y un giro a gran velocidad. En realidad, todas las sillas manuales son aceptables: el reglamento sólo prohíbe las motorizadas y las eléctricas.

Inicia el segundo tiempo. El *movedor* y las *alas* de los *Renegados* se aproximan al área de tiros libres. Un azul, con excelente maniobrabilidad, entra a la zona de tres segundos y encesta. Luego, bloquean la salida de los *Guerreros* y, de nuevo, anotan, aunque, esta vez, un tiro de tres puntos.

Entonces comenzó una espectacular rebatinga por el balón. Impulsándose rápidamente con una mano y botando el anaranjado esférico con la otra, los basquetbolistas realizan pases de un lado a otro. Debido a los fuertes empujones, algunas sillas se voltean lanzando a los deportistas a la duela, pero éstos son levantados y continúan jugando.

Sin duda, el partido está acalorado con el empate. El entrenador de los *Guerreros* pide tiempo fuera.

Reinicia el partido. Un *renegado* golpea con el codo a un adversario. El árbitro lo expulsa. Cambio de jugador.

Ahora, los contrincantes se atreven más a realizar triples, clavadas rápidas o tiros de tres puntos. El asunto es incrementar el marcador.

Otro tiempo fuera.

Los *Renegados* regresan más agresivos. La red plástica de sus adversarios es traspasada con más frecuencia en el resbaladizo vaivén del balón.

En la cancha, se escucha el rechinar de las ruedas, los jadeos, el coraje. En las gradas, las porras y las emociones desbordadas.

Se escucha el silbatazo final. Los *Renegados* han ganado 50 a 45 puntos. Sonrientes, estrechan la mano de sus compañeros y contrincantes. Se retiran de la cancha acompañados por familiares y amigos.

Desciendo lentamente de las gradas. En silencio, un tanto avergonzado, reconozco tener la mente en silla de ruedas, pues, teniendo mis piernas sanas, no he caminado ni la mitad de mi vida.

Carrera de relevos

El día que atraparon a Luis Solórzano, un representante de la DEA se presentó, presuroso, en las oficinas de Relaciones Exteriores: Erick Chapman.

Solórzano camina desalentado (corrijo: es empujado por agentes federales) entre los pasillos del Reclusorio Norte.

Me llamaron de Washington para que gestionara la extradición del narcotraficante. Les contesté —seguramente era la DEA— que dicha petición no procedía y que tampoco se podía tratar por la vía telefónica con Gobernación.

No sé por qué la prensa hace tanto alboroto con el asunto del tráfico de drogas. Para nadie es un secreto que México sólo es un pretexto; el verdadero negocio de los estupefacientes está en la ruta asiática.

Observa los barrotos. En esos instantes de desgracia, recuerda los tiempos benévolos.

*—I want 15 tons of cocaine it has to be clean and without ephedrine.
—But the brothers Arellanos are watching over my small planes.
—In Oklahoma. Business are business.
—In Chihuahua.
—No. In Mexico actually killed Malmberg and his money was stolen.
—O.K., Chapman, but more expensive.
—I don't care.*

Corrupción en los medios políticos y de seguridad nacional siempre ha existido en ambos países. La marihuana pasó de moda con Quintero, pues los gringos optaron por drogas no alucinógenas. El problema comenzó con el aumento de mafias y las disputas por el control. Entonces, incrementaron los asesinatos políticos; la droga se iba devaluando y, de plano, permitimos su consumo nacional, digo, para subsanar las pérdidas.

Luego, la tradicional tortura.

—¡Tienes suerte, hijo de la chingada! Pero si no tenemos órdenes de que te escapes, tus horas están contadas.

Solórzano, ensangrentado, sonríe.

“Mira, Chapman, el asunto está difícil” le dije. “Hemos dejado escapar a Carrillo, a Guzmán y al “Mandíbulas”; tengo a algunos generales en juicio militar, para entretener a los periodistas e inicié operativos contra los pequeños distribuidores. Otra fuga y no me la van a creer. ¿Qué hago? ¿Lo elimino?” “Pero Solórzano es nuestro informante” replicó Chapman. “Lo remplazamos y listo. Te asignaré uno de mis mejores elementos” “Bueno, pero con discreción. Business are business” . “¡Ah, Chapman! Tengo un chivo expiatorio para la DEA. Llévate a uno de los Amezcua que nos está jodiendo la vida; tengo el expediente completo para que lo sentencien allá. Un lastre del sexenio anterior, ya sabes”. “O.K. Informaré a mis superiores”.

Aquella madrugada, a muchos kilómetros de la prisión, Solórzano fue asesinado a quemarropa. “Pendejo, ya encontraron tu relevo” masculló el militar ejecutor.

Ciclismo

Según el reglamento de Tránsito y Vialidad, las bicicletas, en la vía pública, son vehículos de propulsión humana y, como tales, deben respetar las reglas de circulación establecidas

Lo que no entiendo todavía es porqué aquel humilde ciclista murió brutalmente arrollado por una lujosa camioneta (creo que era propiedad de un funcionario influyente) que, de manera imprudencial, se pasó la luz roja del semáforo ante la mirada impávida del agente de tránsito, quien jamás notificó el delito.

Denuncié el ilícito, pero, como usted sabe, en estos tiempos, no sirvió de algo.

Desde entonces, prefiero andar a pie.

Esgrima

Entre imágenes borrosas, y mareado por el efecto de la hemorragia, Leovigildo advierte que se encuentra en una ambulancia.

—Me voy a morir, ¿verdad, doctor?

—No, señor. En el hospital se pondrá mejor —contestó el joven socorrista.

—¿Y Filemón?

—¿Filemón? ¡Ah, la otra persona! A ese ya no lo levantamos. Usted lo mandó a mejor vida.

Aquella mañana, Leovigildo acudió al Tribunal Agrario para contestar una demanda. Iba en juego su parcela, pero no confiaba en el abogado que le había recomendado su amigo, ahora líder de la Liga de Comunidades Agrarias, Filemón Sánchez. “No te preocupes, Leovigildo, verás cómo se arregla el asunto”, le decía el dirigente. “¿Y el dinero?” “Yo me encargo de eso, no te preocupes”.

Ambos, originarios de San José Xochiltepec, eran campesinos ejidatarios. Desde la infancia compartieron alegrías y sinsabores, parrandas, sequías y cosechas. Y también a Micaela, la esposa de Leovigildo, sólo que éste lo ignoraba porque las ardientes noches de infidelidad sucedían cuando el humilde jornalero viajaba los viernes, por la tarde, a la distante ciudad para vender sus productos campestres y retornaba los sábados al mediodía. Eran, al fin y al cabo, íntimos camaradas.

Desde que entró, abruptamente empujado en la camilla, a la sala de urgencias, Leovigildo supo que jamás volvería a ver a Micaela. Pinche puta, pensó.

Un charco de sangre invadía su cuerpo. Leovigildo experimentó el terror a la muerte en medio de una desolación inmensa. Me va a llevar la chingada y no puedo evitarlo.

Como la mayoría de mujeres jóvenes zapotecas, Micaela no tenía exagerados atributos físicos. Morena, delgada, de estatura mediana. Su rostro dibujaba una coqueta sonrisa y una mirada maliciosa. Había contraído nupcias a temprana edad con Leovigildo. La pobreza en que vivían contrastaba con la naturaleza ambiciosa de Micaela. Tenían dos hijos, Pedrito y María, quienes, a pesar de su inocencia, descubrieron el primer adulterio de la madre con el director de la escuela rural, mas guardaron silencio al respecto.

“Perdimos el pleito, Leovigildo” lamentó Filemón. “¿Cómo que perdimos! ¡Pinche Filemón! ¡Me dejaste sin parcela! ¿De qué voy a vivir?” “Tranquilo, Leovigildo. Aquí el licenciado y yo tenemos el apoyo de unos amigos de la CNOP para apropiarnos de un terrenito intestado. Es más, si quieres, cobra, durante un tiempo, mi subsidio de Procampo”. “Confío en ti, Filemón”. “Para eso están los amigos, Leovigildo”.

Pasaron los meses. Leovigildo sobrevivía con el subsidio federal de Filemón y trabajando de jornalero en terrenos de la Unión de Ejidatarios. No obstante, el campesino observó que en su humilde choza no faltaba la comida y Micaela no reclamaba como antaño. Incluso, por las noches, sentía la presencia impávida, fría, de su cónyuge. Ya no era la Micaela de antes.

¿Y si llego a sobrevivir? De la cárcel no me salvo. Mis hijos. Lo siento por ellos. Por eso no maté a Micaela; sólo por eso.

En el quirófano, el galeno se esforzaba por contener el sangrado masivo.

Entonces, Leovigildo comenzó a sospechar. Investigó en qué pasos andaba Micaela hasta que descubrió todo. El dinero de la venta de su parcela se la habían repartido los amantes; el subsidio que supuestamente le prestaba Filemón había llegado, en realidad, a su nombre, pero su amigo, aprovechando que éste era analfabeto, se lo había adjudicado con artificios legales. Y luego, los chismes del adulterio. Pero Leovigildo quiso creer que se trataba únicamente de eso, de rumores. Hasta que un viernes, al anochecer, los encontró semidesnudos en la tienda de raya. De un puñetazo dejó inconsciente a su esposa. Acto seguido, desenfundó el machete, al grito de “¡Defiéndete, Filemón!”

Y como los caballeros de la Edad Media, protagonizaron un espectacular combate, primero, en el local convertido en sala de armas y, luego, al aire libre, sobre la tierra húmeda. Los filosos sables (perdón, machetes) no cesaban de sonar. Filemón *tocó* a su rival varias veces durante los cinco minutos reglamentarios, pero éste logró herirlo. Filemón sangraba notablemente, mas seguía defendiéndose. De repente, Leovigildo, esquivando la letal arma, logró atravesar el abdomen del traidor. Lo miró caer de frente, vomitando sangre y con la mirada fija. El honor había sido restaurado.

Leovigildo murió en el quirófano. Micaela se largó del pueblo con sus hijos. Y con el dinero de los espadachines.

Salto de obstáculos

El salto de obstáculos mentales necesita, sin duda, un fuerte entrenamiento y una determinante voluntad para su pleno ejercicio.

Adán recordaba todos los días un romance pasado. Al parecer, era masoquista, pues contemplaba con frecuencia una vieja fotografía de aquella mujer que, en la soledad, lo acompañaba como un fantasma.

También escuchaba las consabidas canciones referentes al amor, al amor perdido, al amor que volverá, al amor que pudo haber sido y no fue, etcétera. Obviamente, al oírlas, más la rememoraba e invocaba su nombre en silencio.

Por las noches, Adán se martirizaba reverberándola en la intimidad de la alcoba. Solo, sin más compañía que él mismo, Adán evocaba el cuerpo desnudo de aquel espectro femenino. Ella. Su nombre, su presencia, su pasión. Sentía el calor de esa quimera y se excitaba. Así, hasta quedarse dormido.

Con el transcurso de los días, el trabajo resultó un alivio para no pensar. Y es que Adán todavía no conversaba consigo mismo; y no sabía, o no podía, rechazar ese demonio de amor.

Algunas veces, se refugiaba en el alcohol. Pero el subconsciente volvía a invocar ese nombre, esa presencia. Tuvo el deleite de otros besos, otras intimidades, mas, en todas ellas, veía el referido duende mujeril.

Un día, sin más, Adán comenzó a entrenar para el olvido. Entendió que todo era cuestión de actitud. La razón no necesariamente debe estar en disputa con los sentimientos.

Y, simplemente, se acostumbró a ver todo al revés.

Si Ella y él no estaban juntos, fue por algo. Algo no funcionó y punto. Pero de eso, a que el infeliz siguiera torturándose, era otro asunto.

De esta manera, las canciones inherentes al amor le resultaron flemáticas; empezó a divertirse, a disfrutar una copa (¿por qué los tragos deben ser amargos?); destruyó todo recuerdo o vestigio de aquella fantasmagoría doncellil y hacía el amor con la soledad. O con cualquiera.

Siguió entrenando, platicando con su alter ego. Finalmente, ambos se reconciliaron; se hicieron excelentes amigos.

Hoy, Adán es campeón olímpico en la prueba de salto de obstáculos mentales. O del olvido, que es exactamente lo mismo.

Scrabble

Escribirás un cuento en el cual serás el protagonista, el personaje de papel. No sabes cómo empezar, sólo pintas la cuartilla con palabras. El tema: la muerte. Esa puta que vive contigo en el rincón de la soledad. Ella, la que nunca te abandona y te resucita diariamente. En silencio, te resignas a vivir.

II

Te acaban de despedir del trabajo. Tu hijo, enfermo; tu esposa llora de impotencia. El consabido “¿Y ahora qué haremos?” te atemoriza. El miedo hace circular la adrenalina por tus venas. Serás capaz de robar, matar, lo que sea. Para rápido, distribuyes cocaína con el “Huesos” en las escuelas del arrabal. Llegas al hospital. Tu hijo ha muerto.

III

Sí, conoces algunas quimeras de los caminos de la creación literaria. Entiendes la extraña simbiosis de la vida personal del escritor filtrada en su propia escritura; veneras al lenguaje, tu dios; has encontrado el estilo de tu narrativa; no confundes redacción con escritura; has leído suficiente y, vivido, otro tanto. Pero, también, estás pagando un singular precio por ello: la deliciosa reconditez para ejercer tu oficio.

IV

Enciendes un cigarrillo. Te asomas a la ventana y mentalmente reelaboras la historia. La guillotina cercenó tu cuello; quisiste gritar de manera estentórea, pero las cuerdas vocales, despedazadas, ahogaron el sonido. Todavía dolió el golpe de tu cabeza rebotando en el suelo y contemplaste el abismo. Si hubieses podido hablar, nos contarías qué se siente morir. Apagas la colilla en el cenicero.

V

La tarde en que Jovita murió, el calor era insoportable y tenaz. Resignadas, las plantas se dejaron marchitar. Era la última primavera de aquel vivero olvidado. Y tú, el jardinero, las dejaste morir.

VI

Ya retirado, decidiste autodestruirte con alcohol (y no precisamente por edicto del destino o castigo de los dioses). Pudriéndote, día tras día. Viendo cómo tus vómitos y heces te iban consumiendo, en una pocilga de vecindario.

VII

Definitivamente, eres un asesino. Escribes para justificar tu vida, pero la tragicomedia de la muerte reflejó tu naturaleza esperpéntica. Al despertar de tu mundo onírico, olvidaste que, en la vida, todos son momentos y, cuando lo comprendiste, fue momento de morir. Al fin y al cabo, tú también fuiste personaje de otro cuento, de otro juego.

PESCA

Yo no maté al pez nada más para vivir, para venderlo y tener comida; lo maté por orgullo, porque soy pescador [...] Pescar me mata en la medida en que me tiene vivo.

ERNEST HEMINGWAY, *EL VIEJO Y EL MAR*

Parado sobre una lancha visiblemente desgastada, Sebastián, un hombre de aspecto taciturno, detiene la navegación. Lanza la red al agua con gesto ahíto, como si la rutina lo hubiese trastornado. En sus manos, huesudas y delgadas, resaltan las venas, y los músculos de sus quemados brazos se tensan al jalar la telaraña de nylon. Sus ojos observan, atentos, el movimiento del agua. Y, allí, en la límpida superficie del lago, se refleja un rostro enjuto de hombre que rebasa los cuarenta años: los ojos hundidos en las cuencas, pronunciadas arrugas y el cabello prematuramente canoso.

Sebastián divaga por un momento. Pierde la concentración en los peces.

El lago apacible de diáfanas linfas divide el pueblo y la selva. A lo lejos, se divisan imponentes islas habitadas por monos, serpientes, garzas y lagartos. El clima, obviamente tropical, favorece el crecimiento de sauces, cedros, caobas y enormes ceibas, los cuales regalan sombra. En sus ramas posan, vanidosos, algunos tucanes y papagayos de exquisito plumaje. Ese lago es el origen de la comarca sabiamente custodiado por los dioses.

Al caer el crepúsculo, los pescadores ofrecen el fruto de su esfuerzo a los ladinos comerciantes arremolinados en las pangas. Compran, con frecuencia, mojarra, trucha o anguila, que, después, revenderán a los turistas a precios desmedidos.

Sebastián se enjuaga el rostro. Está fatigado de trabajar tantos años, desde su lejana juventud. Siempre lo mismo: el dinero que no alcanza, los reproches de la familia, la cantina, la resaca y, otra vez, a pescar, con el anzuelo de que, en esta nueva ocasión, las mojarras no volverán a romper la red.

El chamán de la comarca le sugirió a Sebastián que vendiera su alma al Diablo, pero, por extraña coincidencia, murió antes de revelar el ritual. Hay, también, quienes aseguran la existencia de un enigma lúgubre en las profundidades del lago. Sólo es cuestión de buscarlo, evadiendo los peligrosos remolinos del agua —en apariencia tranquila— y la abundante vegetación selvática, para descifrarlo y llegar a un probable tesoro perdido.

Un día, sin más, Sebastián, al lanzar su desgastada red, advierte un peso inusitado. Jala rápidamente y descubre que se trata de un pequeño bulto. Haciendo un descomunal esfuerzo, lo saca del agua. Un cadáver. Lo recuesta sobre la lancha y observa que el cuerpo sin vida es él mismo, con el mismo rostro enjuto, los ojos hundidos en las cuencas y el cabello prematuramente canoso. Pero con la diferencia de que nunca más volverá a pescar.

Ajedrez

En el café únicamente encontré un sitio desocupado: la mesa de mis viejos amigos. Llevábamos algunos años de no frecuentarnos y, al fin, ocurrió el inesperado reencuentro.

Las frases de bienvenida y las obligadas preguntas acerca de mi profesión se mezclaron con referencias a temas cotidianos. No faltó quien aludiera a nuestro juego favorito de toda la vida: el ajedrez. Ordenamos al mesero que trajera un tablero.

II

Alexander Alekhine. El célebre médico ruso nacido en 1893 y muerto en 1946, en una mustia habitación de hotel. Considerado como el más completo jugador de ajedrez de toda la historia. Envidio su singular lógica y visualización del tablero. No fue casual que tuviera el récord de partidas a ciegas de 1924 a 1932. Alekhine resolvía rápido: con los ojos vendados, en menos de doce horas, vencía a veinticinco jugadores profesionales en partidas simultáneas. Su mente aguda, por no decir sobrenatural, tenía la obsesión de encontrar jugadas perfectas.

III

Para variar la costumbre de iniciar con mi favorita apertura Alekhine, esta vez comencé con Peón 4 Rey; Juan Carlos optó por movilizar los peones de Rey y de Dama. Al calor de nuestras humeantes tazas de café, comentábamos las semejanzas del ajedrez con la vida real; ese excéntrico tablero donde todos somos peones de extraños jugadores. Ellos, los magnates, los monstruos que viven como ángeles y aspiran a ser dioses de la egolatría y la ambición.

La partida seguía con intercambios de piezas. Nada extraordinario.

Los demás compañeros de mesa, mientras nos veían jugar, comentaban temas banales de la vida moderna: la tragicomedia de la Internet, la distante educación a distancia, el irracional culto al marketing, la clonación de idiotas, etcétera.

IV

En 1927, Alekhine venció al cubano José Raúl Capa Blanca en un match para el campeonato mundial, conservando el título hasta 1935. Ganarle a Capa Blanca no era asunto sencillo. Baste recordar que éste fue un niño prodigio y que detentó un excelente récord de más de 800 victorias. Casi invencible. Y, por si fuera poco, se daba el lujo de jugar, a veces, en estado de ebriedad.

Posteriormente, Capa Blanca pidió la revancha. Alekhine se la negó. ¿Miedo? La historia lo revelará algún día.

V

La partida continuaba pareja, aunque con algunos pequeños imprevistos. Juan Carlos había hecho Peón de al paso; lo amedrenté con un Caballo por peón, pero él prosiguió con Alfil 6 Torre.

Entre nubes de humo de cigarrillos, los comentarios giraban en torno a la decadencia de la genialidad de los últimos jugadores de ajedrez más destacados. "Karpov y Kasparov lograron demostrar, jugando contra computadoras, la perfección de la mente humana. "Claro, ahora, los ordenadores son más rápidos y sirven como simple entrenamiento. El problema es que reducen la capacidad de abstracción""No más observa el bajo rendimiento de muchos jóvenes ajedrecistas""Bueno, pero Krammy ha sido una destacada excepción", etcétera.

VI

De la A a la H, del 1 al 8. Amo el ajedrez porque me obliga a razonar cada movimiento que haré en sus 64 casillas. Y es que el juego rebasa la banal diversión: es una estrategia, un plan que debe llevarse hasta el final, un objetivo predeterminado, una guerra. Todos los ajedrecistas sabemos perfectamente que no debemos apresurarnos para atacar, descuidar nuestra posición al atacar o subestimar al adversario; sin embargo, durante el juego, nos dejamos llevar, en ocasiones, por nuestras pasiones. Pero el ajedrez, sabiamente, nos enseña —cuantas veces sea necesario— que todo cambio conlleva una pérdida y, toda pérdida, implica un cambio.

Quizás, mi admirado Alekhine negó el cambio de la historia. No lo sé.

VII

Por dejar divagar mi mente, advierto que Juan Carlos me lleva bastante ventaja. Muevo Torre 2 Alfil, él mueve Alfil 5 Torre; Torre 2 Rey, Alfil por Caballo; Caballo 2 Caballo, Torre por Peón. Observo mis menguadas piezas blancas y espero cambiar el poco prometedor desenlace. Muevo Torre 2 Torre, Juan Carlos —agresivo— Dama por Torre. Todavía ataqué con un Dama por Dama, pero mi contrincante remató, impávido, con Torre 8 Caballo

Mate. Sí, escuché bien: Jaque Mate. Extendí la mano al amigo y me integré a la entonces acalorada charla de política.

Ya sabe usted que, exclusivamente en los cafés, se transforma el mundo —de manera verbal— en quince minutos, aunque el ajedrez lleva siglos tratando de enseñar a razonar a la humanidad.

Caminata

Jovita riega las plantas del vivero. Observa la vitalidad de los anturios y las violetas ubicadas detrás de una limonaria. Aunque la enfermedad la trastorna, ella sigue caminando lentamente y conversa con su amada vegetación.

Esa tarde de primavera, cuando el cocuite y los mangales se despojaban de sus hojas y los framboyanes florecen como árboles de fuego, la mujer recuerda su lejana juventud. Desde entonces la naturaleza daba alegría a su modesta vida, una vida del campo —como dicen los que siembran flores en pavimento. Rememora su temprana orfandad, la lucha por y en la vida...

Luego, los hijos, el hogar y el abandono de la vejez.

El canto de las calandrias y las sanjuaneras evocaba las tardes en que, entusiasmada, platicaba con sus hijos, bajo un roble, mientras esperaban la llegada del progenitor.

Los anturios la miraban entristecidos.

Por las noches, el singular perfume de las limonarias aromatizaba aquella modesta morada. Al amanecer, las flores sonreían con brotes esplendorosos de capullos multicolores, esperando agrandar a la hacendosa campesina.

Ahora, envejecida y solitaria, Jovita aguarda la postrer cosecha de la vida. Observa a los pájaros acariciar las ramas de los árboles, también, avejentados, mientras recorre lentamente el jardín.

La tarde en que Jovita murió, el calor se sentía insoportable y tenaz. Resignadas, las plantas se dejaron marchitar. Era la última primavera de aquel vivero olvidado.

Patínaje artístico

En primer lugar, el *strip-tease* es un deporte.

ROLAND BARTHES

1

Dicen que la luna es de queso. No lo creo porque, cierta noche, se fue conmigo de parranda.

Desde la terraza del bar, observo el vaivén de la gente ansiosa de divertirse o de encontrar un descanso para el alma.

La noche es del color que la queramos ver. A veces tiene color de recuerdo; otras, de nostalgia. Por eso siempre he dicho que la felicidad simplemente es la disponibilidad de adaptación ante cualquier circunstancia, a fin de disfrutarla... o no tomárnosla tan en serio, según sea el caso.

Le doy una mordida a la luna nueva y camino por las calles de la ciudad, disfrutando el sabor de los recuerdos.

2

Sentado en una mesa, disfruto del espectáculo. El mesero me sirve una copa de ron cubano.

En la pasarela, desfilan las *vedettes*. Algunos cuerpos francamente lamentables para el oficio; otras, voluptuosas, y las de mi agrado: las sensualísimas mujeres esbeltas.

Por fin, inicia el ritual donde las nudistas se transforman en símbolo de fantasía sexual y el público en mero *voyeur* (prefiero el desgastado glamour de la lengua francesa al simple e insípido léxico norteamericano: *club for men, table dance, show*).

Ya me estaba aburriendo con tanto exotismo acartonado, con tanto lenguaje corporal falso y relamido, cuando Ella aparece. Camina lentamente a través del corredor. Se detiene frente a mí, le sonrío. Algo hay en ella que me inquieta. Se quita el abrigo,

mostrando un elegante vestido negro escotado, y, con ambas manos, se acaricia el cabello castaño, los senos, las rodillas. Más que su esbelto cuerpo, me seducen la sensualidad natural y el carisma que emana; pongo toda mi atención en su presencia. Ella lo nota y me coquetea. Nos miramos reflejados en el espejo; el ritmo pausado de la música me hace sentirme en el zalamero *Moulin-Rouge*. Al terminar el delicioso espectáculo, me dedica un fascinante beso con el dedo índice derecho y se dirige al vestidor. La sigo con la mirada. Pido otro trago de ron.

3

Le invito una copa. Ella acepta y se sienta en mis piernas. En realidad, únicamente pensaba degustar un brindis acompañado por su agradable estampa, pues detesto la vulgaridad de pagar por un afecto fingido. Al parecer, nos entendimos en ese aspecto. Es invierno y los dos nos acariciamos como niños desamparados. Pago al mesero la siguiente ronda para que no importune ese instante mágico. En realidad, Ella bebe lentamente su copa, a fin de prolongar nuestro encuentro. Conversamos y, durante la charla misma, Ella me pide acariciar su cuerpo. Somos dichosos en ese lapso irreplicable en que desnudamos nuestras almas. Pedimos la botella y unos palillos para terminarnos la luna llena convertida en botana.

4

Llego al apartamento. Abro la ventana y contemplo el cielo. Esta noche, la luna nueva duerme apacible porque, durante aquella velada, Stephany (así me dijo que se llamaba, en la intimidad) me convidó el último pedazo de un succulento manchego.

Dicen que la luna es de queso. No lo creo porque, en esa inolvidable vigilia, se fue conmigo de parranda hasta desaparecer.

Serpientes y escaleras

Sentado frente a la computadora, Gregorio redactaba el reportaje para la edición periodística dominical. Observa las deplorables fotografías de la investigación.

“En nuestro país, millones de desocupados viven con la quimérica esperanza de ver la mejoría económica de una nación llena de políticos hambrientos de poder. Esas calles olvidadas del progreso demuestran que los países subdesarrollados contradicen la demagógica calidad de vida implícita en innumerables discursos. Esos arrabales son cuna de mano obrera barata, subempleados, prostitutas, miserables. Para ellos no hay privilegios del urbanismo como drenaje, alcantarillado o pavimentación. Solamente sobrevivencia extrema, donde la lucha por el pan es el pan nuestro de cada día”.

Federico hurgó en el bote de basura y sólo halló una bolsa de pan duro, una naranja y algunos plátanos podridos.

—Por lo menos hay pan —dijo el anciano que lo acompañaba. Federico entendió. Guardó la naranja en el morral y le dio el pan al anciano.

—Cómetelo —le dijo.

El viejo todavía arrancó con los dedos las partes pútridas de los bananos y se comió el resto, mientras seguía caminando detrás de Federico.

Federico apenas rebasa los cincuenta años, pero se ve más envejecido por su patético aspecto. Es enjuto, alto y enfermizo. Camina giboso, con la hosca mirada fija en el adoquín.

El longevo, moreno y algo robusto, sólo quiere descansar de aquella desventurada vida. Se llama Raymundo, aunque casi nadie lo llama por su nombre.

Federico y Raymundo se conocieron una noche en un mercado de la ciudad. Enfermo, Federico estaba durmiendo entre unas cajas; tenía escalofríos por la fiebre, en medio de la

basura, rodeado de perros también hambrientos, ratas oportunistas y parásitas cucarachas que comían lo que encontraban.

El anciano consiguió medicina y atendió al menesteroso en desgracia. Desde aquella velada, formaron una pareja inseparable.

Pero la vida no siempre fue así para los mendigos. Raymundo trabajó un tiempo como albañil, lustró zapatos, realizó mil y un oficios sin ver mejoría en su vida. Dicen que cuando el dinero escasea, el amor sale por la ventana. Al parecer, así sucedió con Raymundo, pues, cuando vivía con su mujer y tres hijos en un jacalito de Queréndaro, había sido despedido de una fábrica de Morelia. Buscó empleo afanosamente, pero comenzaba la época del esplendor tecnológico en el país y el trabajo empezó a escatimar. Así, hasta que, un día, Jacinta —su esposa— lo abandonó; prefirió largarse de indocumentada a los Estados Unidos. Nunca más supo de ella, ni de sus hijos. Ahora, hastiado y sin esperanzas, sólo aguarda pacientemente la muerte.

Por su parte, Federico arrastraba un pasado tormentoso, derivado de su arrabalesca proveniencia. Vivió una intensa juventud rodeada de violencia, sexo y drogas. Admirando el oasis de las penumbras, acariciando el vaho de la vital pasión, reverbera los años inicuos. Recuerda a Olga, una mujer muy especial en su existencia.

Olga era una costurera que radicaba en un barrio al sur de la ciudad. En su pequeño taller, la modista se las ingeniaba para terminar sus prendas. La vieja máquina de coser Singer, engrasada, dejaba escapar los sonidos del pedal en acción; los tijeretazos aquí, allá y acullá armonizaban el ensamble, al tiempo que la cinta métrica, en sus manos, alargaba los interminables tubos de tela.

Olga tenía treinta años, con rasgos asiáticos y cabello negro corto. Era esbelta, de mediana estatura y temperamento jovial. Tenía un coqueto lunar cerca de la nariz. Había enviudado muy joven, mas el semblante jocundo disimulaba su pesar. Solía divertirse, acompañada de sus amigas, en los salones de baile de la región; además, cocinaba delicioso, según las amigas que conocían sus virtudes culinarias y le sugerían casarse de una buena vez. En ese entonces conoció a Federico en un baile; se enamoraron; la relación prometía un futuro estable y feliz. No obstante (bien dicen que la vida da muchas vueltas), ahora, Federico vive en la ignominia y —aunque lo desconoce— Olga se dedica al oficio más antiguo del mundo, rodeada, a su vez, de otros seres nocturnos; algunos de ellos delincuentes alcohólicos o, bien, drogadictos en busca de la noche de los tiempos. Lo ya conocido, pues, aunque, en ese singular inframundo que rebasa la ficción, siempre resulta necesaria la protección de sus habitantes.

“Sí, güey, la neta tuve que quebrarme a ese pendejo. Necesito vender más grapas, qué otra me quedaba” “El *Tuercas* se quiere coger a la Olga” “Me vale madres” “Órale, pendejo, bájale de yemas” “¡Silencio, cabrones!” ordenó el líder. “¿Qué pasión, *Muñeco*?” preguntó el grupo. “Nada, les tengo un business, pero, primero tenemos que organizar el entierro de mi carnal Alberto” “¿El mendigo ciego? ¿Qué le pasó?” interrogó el clan.

“Lo atropelló un hijo de su puta madre. Pero no hay pedo, total, ya lo quitaron de sufrir” comentó el *Muñeco*. “Ese hombre padeció más que todos nosotros juntos. Lo conocí en una ocasión en que me perseguían los de la Calle 13; me ayudó a esconderme de esos putos. Digamos que me salvó la vida. Incluso, también nos avisó cuando el *Calambres* se estaba muriendo de la hemorragia. No chingues, en plena sobredosis de droga se le ocurrió mutilarse la verga para regalársela a una vieja. Cuando llegamos, ahí estaba muerto, en medio de un gran charco de sangre y los perros jalonándose el pedazo de carne. Por eso, no puedo permitir que lo manden a la fosa común, así que mochándose pa’l entierro, esos”.

Los menesterosos continúan caminando por las sombrías calles, entre miles de personas que fingen no verlas. Las serpientes no conocen las escaleras.

Federico le pregunta al anciano:

—¿Compramos una botellita de aguardiente?

—Órale, Federico, veo que vas mejorando.

Ambos sonríen resignados, resignados a su trágico destino, pero con una mordaz sonrisa ante la adversidad.

Gregorio apaga el ordenador. *Reportajes van y vienen, y nada, no sirve de algo —pensó. La pobreza nunca ha sido noticia. Lo será cuando nos alcance, cuando nos rebase como los cacero lazos de Argentina.*

Salió de la oficina, rumbo a la calle, a seguir cumpliendo su rol en el juego.

Índice

Prólogo	9
Milonga futbolera	11
Natación	12
Carreras de velocidad	14
Aeróbicos	16
Boxeo	17
Maratón	20
Grand Prix	22
Básquetbol	24
Carreras de relevos	26
Ciclismo	28
Esgrima	29
Salto de obstáculos	31
Scrabble	33
Pesca	35
Ajedrez	37
Caminata	40
Patinaje artístico	41
Serpientes y escaleras	43

Adán Cabral Sanguino nació en Córdoba, Ver. , el 27 de septiembre de 1971. Obtuvo la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la Universidad Veracruzana y la Maestría en Educación Básica en la Universidad Pedagógica Veracruzana. En 1993 ganó el Certamen Estatal de Cuento promovido por la Secretaría de Desarrollo Social y, en 1996, el Concurso Nacional de Narrativa de los Juegos Florales de Orizaba, Ver. Durante el año de 1997 fue becario del Instituto Veracruzano de Cultura, dentro del programa Estímulos a Jóvenes Creadores. En 1999 se desempeñó como corresponsal del *Diario de Xalapa* y publicó *El cuadro inconcluso*, su primer libro de cuentos. Ha colaborado en diversos periódicos y revistas culturales; asimismo, ha preparado dos plaquettes en homenaje a los escritores tuxtlecos Pablo B. Pineda Cortés y José Piñeiro Guzmán para la UGM. En 2001 fue invitado al Segundo Encuentro Estatal de Escritores del Magisterio, organizado por el SNTE. En 2005 apareció *Tequila & blues*, su segundo libro de cuentos, bajo el sello editorial del Instituto Veracruzano de Cultura. En 2007 fue invitado por el H. Ayuntamiento Municipal de Orizaba, Ver., como conferenciante, dentro de los festejos del centenario del natalicio de Francisco Gabilondo Soler. En 2008 participó en el Segundo Encuentro Nacional de Escritores Orizaba, organizado por la Universidad del Valle de Orizaba. En 2009 recibió el Reconocimiento Estatal a la Labor del Maestro Veracruzano por obra escrita publicada. Actualmente imparte clase en la Escuela Secundaria Técnica Industrial No. 44 de Potrero Nuevo, Atoyac, Ver., y en la Universidad del Golfo de México campus Córdoba.

